

Jean-Christophe Bailly

# El animal como pensamiento



ediciones / metales pesados



**Toda vida es un determinado pensamiento,  
solo que uno es más borroso que otro,  
como lo es también la vida.**

**PLOTINO**

Me encantaría que una cámara se posara, que pudiera posarse sobre esta pequeña carretera ascendente (una cámara que pudiera hacer eso, filmar un auto que se enfila en la noche) y me siguiera. Es uno de esos momentos en que las relaciones —entre la conciencia y el campo, entre la rapidez de un punto móvil que se desplaza y la superficie— se configuran como una punta: la ruta se vuelve algo así como un estuario al que se asciende. A un lado y al otro las vallas, iluminadas por los faros, forman paredes blancas. Incluso si no se va rápido hay una sensación cinemática pura: de avance irreversible, de fuga hacia adelante, de deslizamiento. Es entonces que tanto al que conduce como al pasajero les es ofrecida esa sensación de pasividad, esa hipnosis como de cinta transportadora, no exenta quizá de peligro. Pero esta vez se está solo y, hay que decirlo, no se trata de un viaje, no es nada más que un desplazamiento de algunos kilómetros, una simple visita a un amigo que vive cerca. El paisaje es entonces familiar, la ruta es conocida. Los bosques espesos y los prados que atraviesa, se conoce la orilla, los rasgos principales, los caminos. Y sin embargo, por el solo hecho de que sea de noche hay un ligero desfase, ese ligero pero profundo gruñido desconocido. Es como si uno se deslizara por un mundo metamorfoseado, lleno de espanto, de movimientos asustadizos, de intervalos silenciosos.

Pero de pronto algo surge de ese mundo. Un fantasma, una bestia: porque solo una bestia puede surgir así. Es un ciervo que ha sobrepasado la orilla y que, temeroso, se enfila paralelo a la carretera, contenido por las vallas: está él también aprisionado

en el estuario, se hunde en este tal como es, como no puede sino ser. Espanto y belleza, gracia temblorosa, ligereza. Habiendo bajado la velocidad, uno lo sigue, ve su grupa que sube y baja con sus saltos, su danza. Se instaura una especie de persecución en la que no se trata, sobre todo no se trata de alcanzarlo, sino simplemente de seguirlo. Y como esa carrera dura más rato del que uno hubiera pensado, varios cientos de metros, una alegría viene, extraña, infantil, o quizás arcaica. Ya luego otro camino se le abre y el ciervo, después de una ínfima vacilación, se mete y desaparece.

Nada más. Nada más que el espacio de esa carrera, nada más que el instante furtivo y, a pesar de todo, banal: varias otras veces, y en tierras más lejanas, he visto bestias salir de la noche. Pero esa vez me trastornó, me sobrecogió. La secuencia había poseído la nitidez, la violencia de una imagen de sueño. No sabría decir si se debió a una cierta cualidad de definición de esa imagen, y entonces a una concurrencia de circunstancias, o a una disposición de mi ánimo, pero fue como si en ese instante, en la extensión de ese instante, hubiera tocado con mis ojos un poco del mundo animal. Tocado, sí, tocado con los ojos, a pesar de que es la imposibilidad misma. De ninguna manera penetré ese mundo, al contrario, es más bien como si su extrañeza hubiese sido nuevamente declarada, como si justamente se me hubiera permitido ver un instante aquello de lo que como ser humano estaría siempre excluido, ya sea el espacio sin nombre y sin proyecto en el que libremente el animal se abre camino, ya sea esa otra manera de estar en el mundo que a través de siglos tantos pensadores han hecho un telón de fondo para poder especificar mejor el reino del hombre, aun cuando siempre me ha parecido que debiera ser pensada por sí misma, como otra manera de comportarse, otro impulso y simplemente otra modalidad del ser.

Ahora bien, lo que me pasó esa noche y lo que en ese momento me emocionó hasta las lágrimas era a la vez algo como un pensamiento y como una prueba. Era el pensamiento de que no hay reino ni del hombre ni de la bestia, sino simplemente pasajes, soberanías furtivas, ocasiones, fugas, encuentros. El ciervo estaba en su noche y yo en la mía y estábamos solos el uno y el otro. Pero en el intervalo de esa persecución, lo que justamente toqué, de eso estoy seguro, era esa otra noche, esa noche suya allegada a mí, no ya lanzada sobre mí, sino cedida un instante, ese instante que entonces daba a otro mundo. Una visión, nada más que una visión —el «puro surgir» de una bestia desde la floresta—, pero más nítida que cualquier pensamiento. Quizá tampoco sea más que una especie de caricatura (de hecho, me gustaría mucho que lo fuera, toda gris, como las que hay en las antiguas ediciones de *Peter Ibbetson*), pero es la verdad de la que, al hablar de animales, me gustaría partir.